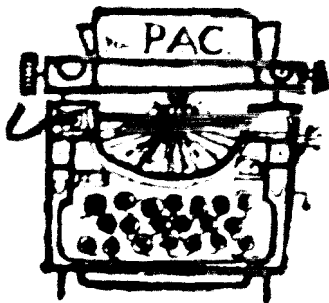


escrito a máquina

*Sin historia
vamos a
la deriva*



No creo que exista en Hispanoamérica una nación con una historia más dramática y complicada que Nicaragua, sin embargo los nicaragüenses —que tanto necesitamos conocer las lecciones y experiencias de esa historia para saber cumplir con nuestro difícil destino— hemos sido especialmente descuidados en su estudio y delictuosamente superficiales en su enseñanza. Colocados en una situación geográfica crucial y mediterránea, tenemos siglos de atraer sobre nosotros el interés o la codicia de las potencias; las grandes naciones nos han invadido, asaltado y destruido durante siglos, nos han impedido desarrollar nuestro destino geo-político, nos han intervenido y explotado. Mordidos por fuerzas gigantescas no hemos escapado tampoco a la voracidad de las pequeñas —nuestras propias hermanas— pero no pocas veces hemos perdido la partida —ante unas y otras— por la incalificable indiferencia y desidia con que tratamos nuestros asuntos nacionales, aún los más importantes, encarándolos solamente y ya de manera improvisada, cuando el caso es extremo y apenas tiene remedio. A tal indiferencia, a tal desidia no se le quiere buscar otra causa que la ignorancia. La historia es la que enseña a un pueblo a vivir, a defenderse, a conocer sus condiciones de existencia y a saber protegerlas y desarrollarlas... pero entre nosotros no se enseña historia. La verdadera, la esencial, la formativa, la educadora historia no se enseña en Nicaragua. Se enseña, con atroz superficialidad, una trama confusa de acontecimientos y una fría tabla de efemérides.

Hace veinte o treinta años, mientras no había escolar hondureño que no supiera la geografía y la historia del territorio en litigio y las principales razones que alegaba Honduras para reclamarlo, en Nicaragua no había quien supiera —fuera de dos o tres historiadores— palabra alguna sobre el tema. Perdimos ese litigio por falta de historia.

En el momento actual, la mezquina acción de Colombia reclamándonos un pequeño cayote donde se encontró petróleo produce en Nicaragua las mismas carreras de última hora, las mismas defensas de franco-tiradores improvisados con que hemos mal-defendido nuestra asediada nacionalidad en el pasado. ¿Es que acaso la actitud de Colombia es nueva? ¿No deberíamos habernos anticipado a sus demandas, sosteniendo —como sostuvieron los hondureños sobre el territorio en litigio— celosa e insistentemente nuestros derechos sobre esos cayotes y sobre nuestra plataforma continental? ¿No denota una vez más nuestra Cancillería la falta de un organismo asesor permanente compuesto de historiadores y geógrafos? Y esto ¿no viene a demostrar una vez más la necesidad que tiene nuestra Patria de darle al estudio y a la investigación de su historia un margen de preferencia y una atención mucho mayor en todos sus planes de enseñanza?

Hace poco hacíamos blanco a Costa Rica de nuestro recelo por su actitud respecto al río San Juan. Sin embargo, lo que verdaderamente contrasta en el asunto del Desaguadero es el sentido histórico con que está actuando Costa Rica —mucho menos ligada que nosotros a esa zona mediterránea— y la falta total de historia que manifiesta Nicaragua dándole la espalda a esa región que es vital y axial para su destino como país. ¿No es también falta de historia, de conocimiento, de enseñanza de la historia, lo que nos hace vivir de espaldas a ella?

Yo siempre he creído que Nicaragua —dentro de esa ampliación y profundización urgente del estudio de su historia— debería instituir, como materia obligatoria y en un texto especial (mucho más importante que lo que llaman "educación cívica"): el proceso de la formación de nuestra nacionalidad. A pocos países le ha costado tanto en América ("sangre, sudor y lágrimas!") conservar su integridad y estructurar su nacionalidad como a Nicaragua. El proceso de nuestra nacionalidad está lleno de lecciones para el nicaragüense: saber cómo perdimos lo que perdimos, saber lo que costó conservar lo que conservamos, conocer todos los asedios, presiones, intereses, invasiones e intervenciones de que hemos sido víctimas; saber —por ejemplo— que Bolívar nos ofreció de regalo a Inglaterra a cambio de su ayuda; saber lo que costó impedir una nueva invasión filibustera, con pretensiones de colonización, apenas terminada la Guerra Nacional; saber que nosotros mismos cerramos el tránsito para salvar nuestra débil nacionalidad asediada; conocer toda la historia de la Costa Atlántica y cómo, después de amargos esfuerzos por reincorporarla, Colombia —la hermana— saltó a la palestra imperialista para reclamarla como suya, y se unió a Estados Unidos para ser su triste alfil, impidiendo con sus protestas que Nicaragua contratara la canalización del río San Juan con gobiernos o compañías europeas, y despojándonos finalmente —con el apoyo de Es-

1 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

tados Unidos— de unas pequeñas islas de nuestra propiedad; saber incluso que todavía en los primeros veinte años de este siglo estuvimos a punto de correr la suerte de Puerto Rico y de que se nos impusiera un gobernador norteamericano perdiendo, quizás para siempre, nuestra independencia y soberanía. Todo el desarrollo del Derecho Internacional hispanoamericano —capítulo por capítulo— tiene ejemplos dramáticos en el proceso de formación de nuestra nacionalidad. ¡Nadie necesita más historia que un nicaragüense para saber montar su vigilia de patriotismo en la asediada geografía que le correspondió como territorio!

Y sin embargo qué poco nos hemos preocupado por aprender a vivir. Diariamente chocamos como ciegos contra los muros de nuestra ignorancia de la historia. ¿No es hora ya de que la dura experiencia nos haga cambiar?

Este último o penúltimo capítulo con Colombia ¿no es motivo oportuno y suficiente para que nuestro Ministerio de Educación y nuestras Universidades se planteen a fondo el problema de nuestra deficiente y pobrísima formación histórica, buscándole su adecuada solución?

PABLO ANTONIO CUADRA